

BAUTIZADOS Y ENVIADOS.

Introducción. Hace unos domingos terminaba el evangelio con una pregunta directa que nos lanzaba Jesús a cada uno de nosotros: **«¿Encontraremos fe en la tierra?» (Lc 18,8).** Y también nos podemos preguntar: ¿Encontraremos esperanza, y amor en nuestra tierra? ¿Pasan nuestros días rodeados de buenas noticias y de buenos momentos? ¿estamos felices de forma habitual o es la excepción? Las evidencias nos muestran imágenes que nos estremecen. Un ambiente de crispación, de enfrentamientos, donde las ideologías tienen más poder que las personas. Contenedores en llamas, una ciudad paralizada por los incendios, las agresiones, la violencia campando a sus anchas, barricadas, columnas de humo. Imágenes que nos recordaban a la «Nit del foc», o la «cremá», pero que nada tienen que ver con el carácter festivo de las fiestas valencianas, sino motivadas por el odio, la ira, el abuso de la fuerza que mueven las ideologías. Personas divididas por ideologías, intereses, sentimientos que parecen encontrados, opuestos, enfrentados. No hay fe, ni amor, ni compasión, y en muchos de nosotros ya que se está instalando la desesperanza, la impotencia de no ver con claridad ninguna vía de solución de los conflictos. Y todavía nos preguntamos si ¿hace falta la misión? ¿No es una urgencia visible y reconocible que los bautizados respondamos a la llamada personal que nos hace Dios para dispongamos todo lo que somos para visibilizar y crear el Reino? Bautizados y enviados, así nos ve el Señor, con la capacidad de cambiar las situaciones llenas de falta de vida, el valle lleno de huesos secos. Pero tenemos que acoger esa llamada y personalizarla.

Lo que Dios nos dice. “Ahora, gracias al Mesías Jesús y en virtud de su sangre, los que un tiempo estabais lejos, estáis cerca. Él es nuestra paz, el que de dos hizo uno, derribando con su cuerpo el muro divisorio, la hostilidad; anulando la ley con sus preceptos y cláusulas, creando así en su persona, de dos una sola y nueva humanidad, haciendo las paces. Por medio de la cruz, dando muerte en su persona a la hostilidad, reconcilió a los dos con Dios, haciéndolos un solo cuerpo. Vino y anunció la paz a vosotros, los lejanos, la paz a los cercanos.” Ef 2,13-17.

Jesús es nuestra paz porque el evangelio nos enseña a vivir asumiendo las diferencias que nos constituyen. No hay dos personas iguales, ni en lo físico, ni en su personalidad, ni en sus gustos, ni en sus convicciones. Por eso es necesario aprender a vivir no en la uniformidad, sino en la pluralidad. Con la alegría de quien descubre en el otro un regalo, un punto de vista diferentes del mío, que me enriquece, nunca me resta. Necesitamos la humildad de quien se sabe aprendiz, no lo tenemos todo ni claro, ni seguro. Somos peregrinos en busca de la verdad, buscadores de Dios. Y en el camino hace falta un ejercicio constante de ampliar el espacio de nuestra mente, de nuestro corazón, hasta que quepan los que se sienten y son diferentes a mí.

“Canta de gozo, la estéril que no dabas a luz; rompe a cantar de júbilo, la que no tenías dolores; porque la abandonada tendrá más hijos que la casada dice el Señor. Ensancha el espacio de tu tienda, despliega sin miedo tus lonas, alarga tus cuerdas, hinca bien tus estacas; porque te extenderás a derecha e izquierda, tu stirpe heredará naciones y poblará ciudades desiertas. No temas, no tendrás que avergonzarte, no te sonrojes, no te afrentarán; olvidarás el bochorno de tu soltería, ya no recordarás la afrenta de tu viudez. Porque el que te hizo te toma por esposa: su Nombre es Señor Todopoderoso. Tu redentor es el Santo de Israel, se llama Dios de toda la tierra. Como a mujer abandonada y abatida te vuelve a llamar el Señor; como a esposa de juventud, repudiada dice tu Dios. Por un instante te abandoné, pero con gran cariño te recogeré. En un arrebato de ira te escondí un instante mi rostro, pero con lealtad eterna te quiero –dice el Señor, tu redentor.” Is 54,1-8.

Ese escenario es el actual. Hay una parte del mundo llena de vulnerabilidad. Como la viuda del evangelio son los miles de personas que viven conflictos bélicos, guerras en Siria, en Yemen, en Camerún, en tanto puntos rojos del planeta. La viuda, son las víctimas de la violencia, la viuda es el mismo Dios que urgido le pide a los bautizados, casi suplicando que se despierten de su situación de comodidad y se lancen a vivir aquello que son: hermanos de todos los hombres, Hijos de un mismo Dios. Y la súplica de este Jesús es insistente, le urge una Iglesia que se defina claramente por esta conversión pastoral. Que sale de su situación de parálisis y se activa de forma personal y comunitaria en un despertar misionero. No le hacemos caso a Dios, al que vemos todo poderoso, pero no pobre de recursos y suplicante, y no vemos ni nos importa lo que vive la gente. Es necesario despertar al protagonismo que Dios nos regala para llevar a cabo la misión que nos ha confiado.

Cómo podemos vivirlo. ¿No vemos los gritos que en boca de los que están sufriendo nos lanza Dios para que nos determinemos a vivir con intensidad nuestro Bautismo? Eso es la fiesta del Domund, eso es el octubre misionero, no es aplaudir la vida de los que hemos respondido a la llamada, no es considerarlo héroes y admirarlos. Es descubrir que nuestra identidad más profunda es la misión. «Id al mundo entero», que comienza y se concreta en mi mundo, en mi casa, en mi familia, en mi universidad, colegio u oficina. **«Id a ese mundo concreto que forma tu escenario vital y anunciad el Evangelio»**, las buenas noticias que Dios diariamente nos da. La mies es mucha, los obreros, somos los que somos, los que en nuestro corazón sigue ardiendo la certeza y la confianza de que el amor vence diariamente al odio, que hay esperanza, que hay fe que puede trasladar montañas. Las del odio, las de la soledad, las de la indiferencia. Id, vamos, vayamos, y digámosle a todo el mundo que somos hermanos, que las diferencias nos enriquecen, que no somos enemigos, que hay sitio para todos en la gran casa del corazón de nuestro Dios.